

Viajes por la Avenida Plateros*

Estamos en el Broadway de la capital. Son las 11 del día y el calor es sofocante, frente a la Profesa hay un grupo de *gallos* de 50 años, formando un ramillete de divinas flores. Calaverones antiguos, con un aire marcial, cutis relumbroso y barba pintada con el mejunje horrible de Río de la Loza. Bastoncito de *pollo* y traje a la *dernier*. Aquel grupo es el baluarte de los *hombres sin miedo*. Conquistadores de oficio, ven venir al soslayo a las muchachas y derraman a sus pies un canastillo de flores. ¡Qué ojos!.. ¡Qué labios!... ¡Qué pie! Y qué... ¡Marido!

Allí comienza la historia que arroja la crónica escandalosa.

—¡Enemigo a retaguardia!... Allí viene el amante.

—¿Cuál de ellos?

—El número 3.

—Entonces es atrasado en noticias.

—¿Pues qué?

—Sí, hombre, ya se ha metido a bien vivir con el último.

—¡Qué horror!

—Adió Rosita, ¿cómo está Pepe?

—Debe estar bueno, se me ha perdido en estos días.

—Estará muy ocupado.

—Eso creo.

* * Juan A. Mateos, *Mefistófeles*, “Viajes por la Avenida Plateros” Diálogos sobre la infidelidad. Don Porfirio. La recepción Foster. Ulysses Grant. Los tranvías, *La República*, vol. 1, año 1, núm. 19 (7 de marzo de 1880): 1.

—Nos veremos, salude usted a su esposo.

—Si usted lo ve, dele expresiones.

Esta mujer vale la pena, resiste como un baluarte a sus adoradores, por eso no tiene tiempo de buscar a su marido.

—Allí viene x, trae cara de desvelado.

—Es que ayuda a bien morir a su candidato.

—¿Es benitista?

—Precisamente.

—No me hablen de los muertos, porque me pongo triste.

—No ha muerto todavía.

—Es cierto, está dando sus boqueadas por cuenta de la Diputación permanente.

—¡Salud al valor desgraciado!

—¿Qué hay, señor x?

—Nada, ese Porfirio es un ingrato, no nos quiere entregar la Presidencia y eso que nos toca de derecho.

—Sin torcer, amigo mío.

—Pero le vamos a poner un plan de guerra.

—¿Se puede saber?

—Es un secreto, que voy a contarles con toda reserva.

—Diga usted.

—Pues, ¡la Presidencia o la guerra!

—¡Qué barbaridad!

—Ya contamos con *las masas*.

—Pues hagan *ravioles*, que son muy sabrosos.

—Es que ya tenemos el *hilo*.

- Pues *cosan* la candidatura, que está hecha un harnero.
- Es que la candidatura ya está sazónada.
- Pues almuércenla, que ya son las doce.
- Está usted de broma, ya nos veremos en diciembre.
- No puede ser, hace mucho frío.

El señor x se va bufando y el corrillo queda, carcajeándose del político derrumbado.

El diálogo continúa:

- No te vi anoche en la recepción Foster.
 - No, hijo mío, allí no dan agua ni para un bautismo, todo es conversación *yankee*.
 - ¡La palabra es un manjar exquisito!
 - Pues que se lo tome en garantía nuestra salud.
 - Ustedes sólo piensan en comer.
 - Y en beber, pero en esas recepciones americanas ni beben ni comen ni andan.
 - Si no es *Tívoli*.
- Es cierto, no me acordaba que estamos en Cuaresma, y que es tertulia de *ayuno*.
- Foster está de viaje.
 - Me alegro por las recepciones.
 - ¿Y conoces a Grant?
 - No, pero lo compadezco; le han dado una zurribamba de convites, que ha olvidado hasta el inglés.
 - Ya...

—Además, el vencedor de Richmond está como el lego de los Madgyares, con un hombre que lo sigue a mañana, tarde y noche como una sombra, un gemelo, un cuate, un adherente, un sobre-hueso, un lobanillo.... ¡Un demonio!

—Comprendo, don Matías Romero.

—Es verdad, pero Grant no debe encontrar consuelo; Mariscal le ha mandado su *brindis*.

—Está como Tancredo, que publica los brindis que debía haber pronunciado si lo hubieran convidado.

—¡*Werry well!*

—No contentos con hablarle en inglés, hoy lo sumergen en los miasmas de Pachuca y don Matías con él, como Virgilio con Dante en su excursión por los infiernos.

—¡Pobre Grant!

—Donde don Matías se proponga acompañarlo hasta Veracruz, el triste general se marcha a la Patagonia.

—¿Y qué tal la serenata?

—Bien, no me sacaron más que el pañuelo.

—A mí me quitaron la camiseta sin tocarme la levita.

—¿Y la música?

—¡Magnífica! Sobre todo el *himno americano*, ¡qué trompetazos!

—Eso es para que lo oigan en Nueva York

—Y el Ayuntamiento, ¿qué tal?

—¡Muchos faroles, muchos faroles!

—¿Y la casa de alojamiento?

—Muy buena vista para el Hospital de San Andrés.

—Bien, así se podrá ver la salubridad pública.

—La vista de los enfermos con sus vendas, asomados a las rejas, es una copia de los resucitados de Miguel Ángel.

—¿Y el tifus?

—Ese se va en la atmósfera.

—La casa es magnífica, presenta grandes contrastes. A un lado la mineralogía con todos sus secretos; en los bajos, un francés vendiendo *atole de leche*; en el pórtico de la Escuela de Minas, los aguacates, mameyes, plátanos y sandías. ¡Qué naturaleza!

—¡Prodigiosa!

—Así, verás a Grant junto a la ciencia los productos del trópico y los tamales de dulce y de capulín. ¡Qué país! ¡Qué paisaje, y qué paisanaje!

—Visitará Puebla la semana entrante.

—Es buena época, frailes disparatando en los púlpitos, beatas compungidas, devotos echando pecados por esas bocas, mojigatas con los ojos bajos, y mucha penitencia.

—En cambio, los teatros cerrados, los salones de tertulia desiertos, todo entregado al misticismo y a la hipocondría de los clérigos.

—Puede abrirse un paréntesis.

—Puede, porque todo puede ser en el mundo.

—Después regresará Grant, asistirá a la inauguración del ferrocarril de Morelos. ¡Santiago y cierra España! Delfín

Sánchez, que lo entiende, dará un gran convite. Ese sí es un hombre de pro.

—Mucho polvo, mucho champagne y mucho de nada.

—Después, cena de despedida y... *tableau*.

—Y, hablando de otra cosa, ¿has entrado en la Academia de Bellas Artes?

—Pregúntalo a Altamirano, que ha escrito un cuaderno con sus *impresiones*.

—Están bufando lo hijos de Aquiles.

—Así pintarán peor en el año entrante.

—Como que es la primera vez que les dan semejante zurra, están furiosas las glorias nacionales.

—Altamirano no tiene la culpa, sino quien lo convidó a ver las llamadas pinturas.

—Ese escritorzuelo no sabe nada de arte.

—Pues si eso dicen los que no saben, ¿qué dirán los pintores?

—Se ha propuesto acabar con la fama de los mexicanos artistas.

—Es verdad, debían escribir en el reverso de los cuadros abigarrados una laudatoria, como los que escriben crónicas de teatros por el módico precio de una *luneta*.

—Es que he visto muchas señoras grandes conmovearse a la vista de las pinturas.

—Es cierto, las viejas no opinan como Altamirano.

—Tienen muy buen sentido.

—¿Tienen uno? Pues les faltan cuatro.

—¿Es decir que es una exposición para viejas?

—¿Qué pasa ahí, qué pasa ahí?

—Nada, son los *tranvías*, que acaban de atropellar a un transeúnte.

—Creía la cosa de más importancia, nada más ha perdido las dos piernas.

—Eso es cosa de todos los días.

—Como que esos vagones parecen carros romanos, van a todo correr por esas calles, con una velocidad de a *seis centavos*.

—¿Pero, no hay policía?

—El gendarme tiene temor de manchar sus polainas y de descomponer sus cuellos, ya no estamos en los tiempos en que los bandos marcaban el *paso rodado* a los *coches Simones*, ahora se arroja el vagón sobre todo bicho viviente; calles, callejones, callejuelas, todo está invadido, la corneta suena, el pasajero cae, la camilla viene, el hospital se abre, el médico corta y ¡el sepulturero entierra!.. Todo por medio real.

—Es muy cómodo tener todo eso por tan bajo precio.

—¿Y los accionistas del ferrocarril de Chalco?

—Esos han hecho un gran negocio.

—¿Un gran negocio?

—Sí, hace 20 años dieron *cien pesos* por una acción, el tiempo ha terminado y ¡sus cien pesos se han reducido a *cinco*!

—¡Negocio redondo!

—Pero al menos se darán cuentas.

—Sí, cuentas *alegres*.

—¡Viva el buen humor!

—Esto merece tomar una copa.

El grupo de gallos se dirige a la casa de Plaisant, que ya está inundada de parroquianos. Cantina magnífica, teatro de grandes conversaciones y de grandes bebidas, que ni en la botica de Mellet se confeccionan con mejor gusto. Ese templo de la religión antigua merece un artículo por separado, que ofrecemos a nuestros suscriptores para el próximo domingo.

Mefistófeles